

## ANDRES CHENIER

### AMBIENTE Y PERSONIFICACION

Esa tristeza nostálgica que envuelve a París, según han apuntado, ya, muchos oteadores de panoramas urbanos, halla personalidad y carácter en los bordes del Sena, donde los puestos de venta de libros nos traen la figura apostólica de Anatole France. Reviviendo el recuerdo, Notre Dame esboza un sigiloso cuento gótico; y mirando al río, que tiene todas las historias, está la Conciergerie, con sus originales torrecillas envueltas en el vaho del París de todos los tiempos. La tradición nos habla en ella de Felipe, el Hermoso o de Luis XI—singularizaciones opuestas, dos caminos abiertos a la fama—y nos encontramos después como ante multitudinario arribo con la Revolución Francesa, cita inevitable, estación forzosa. La prisión de María Antonieta, las horas martiriológicas de esta ya desdibujada figura romántica: las matanzas de Septiembre: la celda de los girondinos donde fabricó su historia Valazé al escapar con su puñal del trágico espectáculo de la guillotina. Y allá arriba en cuarto diminuto, los últimos intentos líricos de Andrés Chenier. El guía parisién que debe saber sólo lo externo de los acontecimientos, el detalle glorificado o novelado, y que pormenoriza los momentos angustiosos de los que fueron a morir, se ha aprendido, también, con emocionado acento, algunos versos de "La Joven Cautiva" y los repite a diario, entre las húmedas paredes de piedra de la Conciergerie. Es un diario homenaje. Perennización o inerustamiento de la lírica de Chenier. Y ante la cansada percepción del turista, queda un nombre, así, vago, relacionado con una débil escalera de madera, una puerta siempre cerrada y unos versos de presidio que traen la imagen de María Antonieta humillada, de Vergniaud pronunciando la última de sus disertaciones y de Robespierre en la implacable oscuridad de su postrera noche. Y el turista ha pasado su hoja en el diario. Pero para detenerse en Chenier hay que seguir los caminos que fueron hacia él, como presentación o encuadramiento del personaje.

La época de la decadencia de una cultura, la etapa de crisis social, se caracteriza por una pobre manifestación de las formas poéticas y una exaltación de la crítica y de la filosofía históricas. Así como hoy en que el mundo se debate frente a extremas ten-

dencias—polarizaciones de un momento—la sociedad del siglo XVIII, y especialmente Francia, percibía idéntico fenómeno. Para el siglo XVIII, el pensamiento enciclopedista y descartiano representó la exégesis del individualismo—ya en Rosseau, ya en Voltaire—de acuerdo con el planteamiento económico y social de la época. La poesía en tanto atravesaba un momento de sombra. El verso retorcido, cortesano era expresión de un mundo viejo. Decadencia churrigueresca del barroco en ocaso.

Si la filosofía, la economía, la oratoria y la política—Montesquieu, Quesney, Mirabeau, Vergniau, Sieyès—alcanzaban rotundas afirmaciones dentro del proceso histórico, la poesía, desarticulada, no respondía ni al momento, ni a la necesidad.

La conciencia estaba llena de “crisis económica y política”, y la poesía sonaba a cosa lejana; a un mundo que no era la tempestad y el girar violento de los acontecimientos. Porque mucho antes que existiese el Terror y la guillotina, la lucha, el choque de dos sistemas, dominaba el mundo.

Las barreras que seguían imponiéndose al insurgimiento de la economía del burgo, debían desaparecer. El libre cambio la libre competencia; la carrera industrial, y el Estado meramente guardián, se pensaba que eran bases indispensables para la evolución y el progreso. Ya Inglaterra había sufrido las conmociones de los movimientos industrialistas, burgueses. Francia, camino viejo de cortesanía y realeza, fué el campo propicio para el combate agudo y la pasión extrema.

Tal vez si sólo la poesía satírica, la musa popular, pudo entonces comprender auténticamente el papel literario que correspondía. El cancionero que recoge los cantos de las barriadas de París, de las aldehuelas vecinas es el que trascibe más certeramente la emoción de la hora. Allí está el grito subversivo y la acusación de las muchedumbres. Y también está el cuento anecdótico y el chisme palaciego. En ellos hay algo de lo prohibido y lo buscado. La cosa dicha entre las cuatro paredes del suburbio, antes que la guardia real invada los compartimientos de la casa vieja, para arrastrar a los cantores a la Bastilla; angustiosa y lejana perspectiva de la lucha de entonces.

Dejando a un lado esta poesía anónima, estas letrillas recogidas más tarde en cancioneros de lujo, la poesía presenta un aspecto por demás decadente. Sólo la figura de Andrés Chenier constituye la esperanza y el enlace a través de este vacío grande.

Los poetas de las marquesas, de las visitas palaciegas. Los poetas de las cacerías reales. El baile en los salones recargados de espejos y de candelabros; y el poeta “tierno” que sueña a la amada entre las muselinas del palacio Luis XV.

Desde Longepierre y de Rousseau—principios del siglo

XVIII—pasando por el “hijo” de Racine y por Gresset—el autor de Vert-Vert—, la poesía lírica francesa terminó en el siglo XVIII por Saint Lambert, “que pasó dormitando su vejez en los sillones de su amiga la señora de Houdedot”, según dicen los comentadores; y por Silvano Marchal, que representó la antítesis del anterior: un soñador pastoral que terminó en cantos detonantes y que pretendió ser el “poeta” de la Revolución. Encerrado en la Bastilla y libertado por el movimiento demoliberal, Marchal quiso ser lapidario, y de acuerdo con el pensamiento racionalista, produjo una serie de obras de tono enfático y declamatorio: “Diccionario de Ateos”; “La Fiesta de la Razón”; “El juicio final de los reyes”; etc.

Merece citarse entre la poesía cortesana a aquel abate, Caballero de Malta y coronel-gobernador, que fué Boufflers. Frívolo y muy siglo XVIII. El que dijera alguna vez a Madame Stael, la auténtica iniciadora del romanticismo en Francia:

“Je vois l' Académie où vous êtes présente.  
Si vous m'y recevez mon sort est assez beau.  
Nous aurons à nous deux de l' esprit pour quarente,  
Vous comme quatre, et moi comme zero”

Centenares de poetas mediocres figuran en las antologías líricas de este siglo. Podría hacerse un ligero aparte citando al descriptivo y sencillo Delille, y aquel ingenio trunco que fué Gilbert.

—“Salut, champs que l'aimais, et vous, douces verdures  
Et vous, riant exil des bois!  
Ciel, pavillón de l'homme, admirable nature,  
Salut pour la dernière pois!”—

Y al capitán Florián, y al inmortalizado, capitán también, Rouget de l'Isle.

El sobrino de Voltaire: “Florianet”; como le llamaba éste, constituye el auténtico tipo de transición. Influenciado por las dos corrientes en pugna, desvía su acción hacia el campo, hacia el mundo pastoril o hacia personajes hogareños, y adquiere rotunda personalidad dentro de un sentido que Claretie llama de “gente honrada”. Para la buena burguesía. Para esa clase que él defendió más tarde desde su parapeto girondino.

Es de estimar la época y la lucha interior de entonces, para comprender a Florián y explicarse esa evasión suya hacia el campo. Ese no querer mostrarse íntegro. Ese doble deslizarse de sus obras, que ha servido para que el mencionado autor francés dijera: “Florián es un falso pastor que oculta un sable bajo su ca-

yado, y un gorro frigio bajo su tricornio adornado con follaje y que, en un madrigal a Cloris, envolvía un juramento de artillero provenzal”.

Florián resulta así el más “intelectualizado” de los poetas de su tiempo, el más envuelto en las contradicciones del siglo, y su “arlequín” de ciudad, tal vez sea más digno de estudio que muchos de los arquetipos de entonces.

Rouget de l’Isle, es tan conocido que se presenta por sí mismo. “La Marsellesa”—aquel su “Canto del Ejército del Rhin”—que todos hemos tarareado alguna vez, representa fielmente el aspecto marcial y guerrero del nuevo contenido ideológico, nacido en las clarinadas de la gente de la ciudad. Compuso además el “canto del 9 de Thermidor” y “Rolando en Roncesvalles”.

Es éste, a grandes pinceladas, el aspecto incoloro, el ambiente poco afortunado de la lírica del siglo XVIII. En sus postrimerías dos nombres valen por el siglo todo y resumen la historia política de entonces; son los hermanos Chenier.

En aquel enorme colapso que significó la crisis política y social del mundo con la Revolución Francesa, la sociedad experimentó el vuelco de imágenes “ya hechas” y el despertar de una nueva conciencia política. Conciencia que se hizo estable cuando el poder económico de la burguesía recalcó la nueva fisonomía social. Pero durante aquella época imprecisa, en que la “Revolución, como Saturno, devoraba a sus propios hijos”, según expresión del jefe girondino Vergniaud, la causa política llevó a la guillotina a valores más o menos cotizables dentro de aquel mundo en crisis. Y es que como ya dijimos, en aquella etapa histórica, tal vez solo comparable a la actual la acción política ocupó totalmente todos los estratos y todas las esferas. Es verdad que la vida es política. Y ahora lo comprendemos más intensamente que nunca. La lucha “por existir” se resuelve diariamente en fórmulas y posiciones políticas. Esto ya lo han dicho muchos. Spengler también expresaba que “toda la vida es política, en el menor rasgo instintivo, como en la médula interna. Lo que solemos llamar hoy energía vital, vitalidad, ese *quid* en nosotros que a toda costa quiere ir arriba y adelante, el impulso cósmico y añorante hacia la preeminencia y la prepotencia impulso vegetativo y racial que va unido a la tierra, a la patria, orientación dirección, necesidad de acción, eso es lo que entre los hombres superiores busca, como vida política, las grandes decisiones, para resolver si ha de serse sino o si ha de sufrirse el sino. Pues se crece o se muere. No hay una tercera posibilidad”.

Debe decirse, además, que la necesidad y el desenvolvimiento económico de la sociedad necesitan servirse de concepciones políticas que resuelven los problemas fundamentales de la existencia. Pero en ciertos momentos adquiere la vida una mayor tensión y el

factor político-social absorbe totalmente el momento. Así, Andrés Chenier, gran poeta perdido en la vorágine de la guillotina, entregó también su parte de emoción lírica a la hora vivida por la Historia.

Llevado a la crítica y a la polémica, monárquico constitucionalista, Andrés Chenier de Bizancio, como él se firmaba, fué ejecutado en 1794 como enemigo de la Revolución.

Andrés Chenier constituye una excepción dentro de la poesía decadentista del siglo XVIII. De madre griega, sentía una notable atracción hacia la cultura y forma helénicas. Fué así que se personificó en el yambo y en las hodos pindáricas. Pero su vuelo conceptual y el cielo de cultura que le tocó vivir infundieron a su poesía imaginación y sensibilidad, factores que producirían más tarde el movimiento romántico del siglo XIX. Su amor a la naturaleza; la espléndida sensación de un infinito ansiado, lo colocan totalmente dentro del pensamiento faústico, del que no podía evadirse pese a sus intenciones y a su exquisita vista del pasado.

“Je ne vaux pas morire encore . . . .  
Mon beau voyage encore est si loin da sa fin

.....

Magnífico puente de enlace entre las sucesión de pasados y el porvenir abierto por sobre los escómbros de una Revolución, Andrés Chenier es un símbolo, y un momento de la lírica universal. Así lo han reconocido los críticos y los que lo inmortalizaron en la ópera que lleva su nombre.

Lleno de aquella suprema gracia que Aristóteles condensara en “equilibrio”, Chenier ponía en contraste la vehemencia de su siglo, el pensamiento científico filosófico de Descartes y de Condorcet, y resulta así el poeta de la Enciclopedia, como se le ha llamado muy justamente.

Se ha querido ver en Chenier un heredero de la estirpe griega; un cantor de “su” raza. Claretie también lo deja entrever. Pero aquello no es sino un motivo. Un viaje más de su lirismo, y un espejo de las proyecciones de su poesía. Influenciado por un sentido nostálgico, amante de tradiciones de belleza, Chenier crea un movimiento poético pero tiene que acamparlo inevitablemente dentro de los postulados de su época y dentro de las tendencias de la etapa histórica que **trascurría**.

Su postrer canto a la “Joven Cautiva” escrito en la antecámara de la guillotina muestra así los primeros escauceos del romanticismo y constituye un jalón en el devenir poemático. En él se ins-

piraron aquellos poetas franceses del siglo XIX. Tras de su obra están Millevoye, Lamartine y Víctor Hugo.

Sólo que el proceso romántico del siglo pasado lleva hasta sus últimas posibilidades la expresión: amor.

“Que le vent qui gèmit le roseau qui soupire.  
Que les parfums légers de ton air embaumé,  
Que tout ce qu'on entend, l' on voit ou l' on respire  
Que tout dise: Ils ont aimé!”

Ese sabor melancólico que más tarde Alfredo de Musset dejara tras su desesperado amor por Jorge Sand. El romántico sentido musical de Chopin en Francia; de Schubert en Alemania.

La figura de Andrés Chenier cobra prestigio a través del tiempo y ha opacado definitivamente la prestancia lírica de su hermano María José Chenier. En ambos hay la belleza rítmica del Languedoc, y la expresiva tradicionalidad del barrio de Galata.

Dentro de las obras de Andrés Chenier cabe destacar por su valor histórico, “La Oda al Juramento del Juego de la Pelota”; por su sentido profundamente emotivo habría que señalar esa su “Joven Cautiva”; y como una delectación de buen gusto: las Elegías.

En todo ello, Andrés Chenier destaca una arrogante figura de poeta vivido en horas de positiva tragedia.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Corbelli» AUGUSTO TAMAYO VARGAS.

